

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 750
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

A impedir su entrada

Toda la prensa democrática viene protestando de una manera prudente, y prudentemente llamando la atención del Gobierno, acerca del peligro que nos amenaza con la invasión frailuna que se nos viene encima; y sin embargo, el Gobierno permanece silencioso, ofreciéndonos como único consuelo recabar la venia papal para que el jefe de la Iglesia en que comulgan Pidal, Azcárraga y demás neos, se apiade de nosotros y distribuya el contingente fraileco.

Si algo falta para acreditarse el Gobierno de feudatario de Roma, la gestión encomendada al Sr. Pidal por el ministro de Estado ha venido a confirmar cuanto acerca de nuestra absoluta dependencia de Roma y del poder vaticanista hemos dicho repetidísimamente.

Pensando cuerdamente y discutiendo acerca de lo que contiene el precepto constitucional, creíamos, ¡inocentes!, que España era una nación soberana é independiente, que se regía por su Constitución y sus leyes, producto de la voluntad del pueblo, representado por su Parlamento.

Que en ejercicio de su soberanía podía hacer lo que le viniera en gana, siempre al amparo de la Ley y en bien de los pueblos. Pues precisamente sucede todo lo contrario. Gentes extrañas pretenden entrar en tropel y por legiones por la frontera pirenaica, y nuestro Gobierno, en vez de dar órdenes á la Guardia civil y policía y disponer del ejército, si preciso fuera, para impedirlo, se postea de rodillas ante las pontificias papales sandalias, é implora merced del Vaticano para que nos descargue de parte del lastre frailuno que se nos viene encima.

Roma se prestará al favor; y ¡cómo no, si esto ha de representar para ella una serie de concesiones tan denigrantes como la intrusión frailuna, amén de que los que se queden fuera ya se irán colando después poco á poco, hasta que toda la banda se haya posesionado de nuestros campos y de nuestras ciudades?

Por cada fraile que quede al otro lado de la frontera, exigirá Roma una respetable cantidad de dinero y un mayor beneficio á sus ya inconcebibles privilegios; por cada comunidad, una provincia.

¿Y nosotros lo toleraremos? ¿El pueblo consentirá que la irrupción se verifique, seguirá dormido el país ante esta nueva tamaña afrenta?

Las excitaciones de la prensa, hasta la que ha pecado siempre de exagerada prudencia ó de excesivo miedo á la denuncia, ha roto con los convencionalismos, impresionada sin duda por la gravedad del conflicto y echando las campanas á vuelo, llama la atención del pueblo, le desengaña de lo que puede prometerse de un Gobierno devoto y entregado incondicionalmente á Roma, y declara de una manera solemne que sólo el país, que sólo el pueblo español puede evitar la invasión, oponiéndose resuelta, decidida y denodadamente á estorbar la entrada de esos pajarracos del infortunio.

Es un problema que no afecta sólo un orden religioso ni de secta; es un problema que tiene directa é inmediata relación con la producción, con el trabajo, con la industria, con las artes, con la ciencia, con toda la economía nacional, en una palabra.

Por esto nadie puede permanecer apático é indiferente ante la avalancha de esos privilegiados religiosos, que llamándose, para escarnio de la religión, las milicias del cielo, son los mercaderes y acaparadores de la tierra y de sus productos, que la explotan á su gusto, sin la obligación de tributos ni contribuciones de ninguna especie.

En el orden político nos interesa á todos, hasta á los mismos católicos, desde los socialistas hasta los liberales más ó menos disimulados. Los directores de los partidos y grupos están obligados á promover un concierto para oponerse decididamente á la invasión frailuna.

Las asociaciones obreras no pueden ver con calma que vengán esas numerosas legiones de gentes dispuestas á disputarles el pan por la concurrencia en el trabajo, que tiene que aumentar la carestía en los medios de vida.

Las clases agrícolas, industriales y mercan-

tiles, tienen ahí un competidor que lucha con todas las ventajas del privilegio, y les hará competencia de muerte. Buena ocasión se le presenta á la Unión Nacional y á todas las asociaciones y círculos mercantiles é industriales para ofrecer un admirable espectáculo de poner su fuerza al servicio de su causa, para bien de la Patria.

Todos debemos á una elevar nuestra voz de protesta para seducir al Gobierno, no á que demande favor, sino á que oponga la soberanía de España á esa intrusión de la muerte y de la desolación por nuestras puertas; y si no lo hace, también la protesta debe alcanzar al Gobierno y arrojarle con sus aliados.

La prensa podría prestar el primero y el mejor de todos los servicios; es claro que nos referimos á los periódicos liberales y democráticos, y á esa prensa profesional, industrial é independiente, no á la de cámara del poder, comenzando su campaña con algo parecido á esto á la cabeza de todos sus números: «No consentiremos la entrada de los frailes.»

Y al propio tiempo excitar incesantemente al pueblo, á los diputados y personajes influyentes de los partidos; á que respondan al sentimiento general de la nación.

No admitiremos los frailes.

A. A.

EL CIEGO

Todas las mañanas venía á colocarse al pie de la escalinata que conducía al hospital y tomaba asiento en una sillita de paja que él mismo traía, después de recorrer la larga calle, sin apartarse de la pared y golpeando el muro con su bastón nudoso.

Al llegar á la escalinata colocaba la silla con gran cuidado, sentábase en ella, arrebujaba sus pies en un pedazo de manta raída y extendía la mano en actitud de demanda.

No tenía perro ni ostentaba cartelito ninguno; su parroquia la componían todos cuantos visitaban el hospital y el público que acompañaba los entierros hasta el cementerio próximo.

Cuando se aproximaba alguno de éstos, el ciego levantábase de su silla, descubriéndose solemnemente, y haciendo la señal de la cruz murmuraba una oración. No faltaba entonces algún señor de guante negro que, apartándose de la comitiva, venía á colocar en su mano una limosna. Daba las gracias y permanecía de pie hasta desaparecer el último coche del acompañamiento.

Había sido simpático á los transeúntes obligados de aquella calle, los cuales solían decirle al pasar:

—Hoy ha sido buen día, ¿eh?

—Regular, regular, señor.... Tal.

Porque el pobre ciego cifraba todo su amor propio en conocer á la persona que le dirigía la palabra.

A las doce invariablemente su mujer acudía á llevarle la comida en una carterita de estaño; la pobre era ya vieja y llevaba al aire sus brazos escualidos, cuya piel aparecía curtida en su rudo oficio de lavandera.

Aguardaba de pie á que su marido comiese, y cuando había concluido, le arreglaba la manta de los pies, le limpiaba el viejo gabán, lleno de cal de la pared y se alejaba despidiéndose cariñosamente.

Dos veces todos los días pasaba yo por delante del ciego al ir y al venir de mi consulta del Hospital; casi siempre le socorría con una limosna. Acabó por conocer mis pasos, saludándome siempre con un «buenos días, señor doctor», dicho con el mayor respeto.

Un día me contó su historia. Había ejercido durante treinta años el oficio de cerrajero; ganaba un buen jornal, y como no había tenido hijos, el matrimonio vivió con relativo desahogo; entonces ella no trabajaba en ningún oficio.

Pero contrajo aquella debilidad en los ojos, y poco á poco, durante dos años, fué agravándose el mal hasta quedar sumido en eterna noche.

Entonces, falto de economías con que hacer frente á la desgracia, no tuvo otro recurso que mendigar, en tanto que ella acudía á los lavaderos para obtener un mísero jornal.

—¡La pobre, que tenía unas manos tan deli-

caditas!...—decía el ciego dando un suspiro y como expresando su mayor pena por este detalle.

De su desgracia hablaba siempre sonriendo, y respondía con el mejor humor á las frases con que se le compadecía.

—¡Bah! ¡No crea el señor que me aburro tanto como parece!

Maquinalmente, y efecto de una costumbre profesional, mientras él me hablaba observaba yo sus ojos, donde la luz se había extinguido hacía tantos años; uno de ellos estaba totalmente perdido; el otro aparecía cubierto de una blancura lechosa que impedía el paso de la luz.

—¿No ha consultado usted con ningún médico?

—Hace ya mucho tiempo, señor.

—¿Usted sabe lo que tiene en la vista?

—Una catarata.

—Si tiene usted fe y confianza en mí, quizá pueda devolverle la luz á ese ojo.

Sonrióse un momento y me preguntó como dudando:

—¿Sería muy peligrosa la operación?

—Regular, y sobre todo, ¿qué arriesga usted? Al ver que callaba le dije para animarle:

—¿Será posible que un hombre como usted tenga miedo?

Y entonces, buscando mi mano para estrecharla, me contestó:

—Iré á verle cuando usted me lo mande.

**

Al día siguiente se presentaron en mi casa ambos con sus trajes de domingo; él algo tembloroso; ella profundamente emocionada hasta el extremo de que tuve necesidad de hacerle apurar un frasquito de sales para serenarla.

Hecho el examen preliminar, aprecié; una catarata lenticular bastante madura y fácil de operar.

Había sentado al ciego frente al balcón por donde entraba la luz, cernida débilmente á través de unos visillos oscuros. Mi ayudante sostenía la cabeza del enfermo y ella contemplaba los preparativos con un ligero temblor; sus miradas, clavándose en los instrumentos y en mí, parecían interrogarme ansiosamente.

Cuando llegó el momento crítico, le dije al ciego:

—¡Valor, amigo mío! Es cuestión de poco tiempo.

Cuando la córnea quedó libre de aquel obstáculo que la envolvía, llegando la luz á la retina, el pobre hombre dió un grito: la mujer cayó á sus pies de rodillas, y sin poder hablar, mirábase ansiosamente.

Me fué imposible hacerla levantar; seguía abrazada á sus pies y sollozando de alegría.

El, entonces, incorporando el busto recibió de lleno la luz, que alumbró su rostro completamente transfigurado.

Durante algunos segundos permaneció en silencio con la boca entreabierta.

Después, lentamente, inclinó la cabeza mientras sus manos buscaban, para bendecirla, la cabeza de la mujer que continuaba de rodillas.

Pero en el instante de tocar sus cabellos grises, retiró ambas manos con un gesto de sorpresa, entristeciéndose su cara; las lágrimas correron por sus mejillas, y exclamó con voz amargada:

—¡Cómo has envejecido!

HUGUES LE ROUX.

Crónica de modas

(Escrita expresamente para EL BALUARTE.)

Las modas que tienen relación con la infancia, siempre interesan á las madres cariñosas; por eso no dudamos de que nuestras queridas lectoras de EL BALUARTE verán con gusto que, por esta vez, damos la preferencia en nuestra Crónica á cuanto á los niños atañe, siquiera sea á grandes rasgos, por exigirlo así la índole de la materia que nos ocupa. No gusta de muchas variantes la moda infantil, porque, ante todo y sobre todo, es partidaria de procurar á la infancia comodidad, holgura é higiene; y estas condiciones son difíciles de compaginar con los infinitos caprichos de la elegancia. Este es el motivo, no otro ciertamente, de que no tratemos con más frecuencia de la moda relaciona-

da con los pequeñuelos, encanto del hogar y lazo de flores del matrimonio. Basta á nuestro entender dedicarles algunos momentos de atención, al principio de cada temporada; y en la presente, importa consignar las variantes, no muchas por cierto, introducidas en la indumentaria infantil, siquiera tratemos el asunto abarcando solo sus líneas generales. Es distinguido y bello que en los trajes de los pequeñuelos de ambos sexos predomine un solo color; el que se halla más en boga, es el azul, sin que por eso decaiga el blanco, que tanto favorece á los adorables ángeles de la tierra; pero resulta más caro vestirlos de blanco, por la variedad de trajes que exige ese delicado matiz. El pantalón bombacho corto y la blusa rusa, floja, ajustada al talle por un cinturón, conviene á los niños de cuatro á seis años, así como la falda muy corta y la blusa remetida en la cintura es el modelo más indicado para niñas de la propia edad. Los peinados, como es natural, varían entre los dos sexos; pues al par que las niñas ostentan bucles ó rizos sueltos á ambos lados del rostro recogiendo el cabello de atrás por medio de un lazo sin perjudicar al conjunto, que ha de ser suelto y rizoso, los niños llevan el cabello cortado en la parte correspondiente á la nuca, hueco á los lados, y levantado en forma de tupé sobre la frente. Se ensaya la supresión del tradicional gorrito de los bebés, pero entraña sus peligros dicha variante, que de momento no encuentra entusiasta acogida entre las madres, temerosas de que las inclemencias de la temperatura, afrontadas así al descubierto, influyan de un modo perjudicial en la salud de sus chiquitines.

Concretándonos ahora á las modas destinadas á las damas en general, podemos asegurar que las blusas continuarán privando en la próxima temporada, de seda, por supuesto, y con la variante de que, por esta vez, sea de rayas á la larga, ó escocesa en tonos apagados, acompañando á dichos modelos lindísimos cinturones, en su mayoría de terciopelo, en los que predominarán anchas hebillas de acero labrado y liso.

En Francia se empieza á adoptar el guante negro hasta para los trajes de color; y en cuanto á calzado, los zapatos de novísima creación ostentan chanclo de charol negro siendo el resto del zapato rojo y el tacón negro también de piel y con pespunte blanco. Desde luego; es de rigor que á este género de calzado acompañe media negra, que siempre ha sido distinguidísima y muy del gusto de las damas. Los boleros de astracán, forrados con seda blanca floreada y adornados con pieles en el cuello, son elegantísimos, y un gran recurso para preservarnos del frío, aun en esta época en que las crudezas del invierno parecen, en parte, conjuradas. Apenas si se ven abrigos; el elemento femenino se ha pronunciado en contra de los mismos, en su afán de evidenciar la mayor esbeltez posible; y hasta el invierno próximo, á buen seguro, no alcanzarán debido desarrollo los modelos de capás y de levitas largas sin entallar que hicieron su aparición há tres meses con escasa fortuna. La moda es así, tiene originales inesperados; caprichos que todos aceptamos sin replicar, por ser emancipación de la única soberana absoluta que reina y gobierna á su antojo sobre todos los pueblos.

JOSEFINA PUJOL DE COLLADO.

Madrid.

Siempre ellas

¿QUIÉN ES ELLA?

A LA SRA. D.^a G. ROSALES

Aunque jamás me dió por hacer de crítico, porque para tal cosa se necesita reunir muchas y exquisitas cualidades, de las cuales yo, ó mejor dicho, mi humilde personalidad, carece, no obstante, como á veces (las menos) hay ocasiones en las que los ciegos ven y los mudos hablan, al leer (por casualidad) el artículo de EL BALUARTE, *Nuestros hombres*, movido á compasión, y digo compasión porque es digna de tal la persona que, con medios raquíticos, aunque con fines grandiosos, se atreve en descomunal batalla, emprender tan árdua liza, es como rebatir y contrarrestar en insustancial é insulsa polémica el bien fundamentado, aunque no bien acabado, artículo del Sr. Macetu.

A mí, repito, nunca me agradó hacer el mercedo y justo juicio de nadie, mucho menos de ninguna mujer bonita, y aun menos todavía de una dama intrépida y resuelta, porque no se saca de ello nada bueno, á no ser enconos y enemistades; y estas dos picaras cualidades en una hija de Eva (según dicen) son temibles.

Pero vamos al grano, y perdone mi ofendida, digo, si por tal se tiene la autora de *Nuestros*

hombres; por que, aunque me meta á desfacedor de entuertos con la cabeza caliente y... sobre todo, como buen pastor que acarrea al redil á la oveja descarriada, voy á tratar de hacerla ver claro á mi aludida el extravío de su trocado camino.

Principio quieren las cosas. Vamos por partes: Dice usted, hablando en tesis general, que los hombres son... como Dios lo ha criado; usted, mi señora, sin duda habrá querido referirse á la parte, no al todo, como lo hacéis; pues decir que todos los hombres son malos, cobardes, interesados, etc., etc., equivale á afirmar que las aves no vuelan, que el fuego no calienta, que la sangre no circula, que el viento no se mueve, y, por fin, que el ser carece de existencia propia. Para tratar de una materia tan innotada como el corazón humano, se necesita ser muy filósofo y conocer á fondo la vida de cada pueblo, de cada casa, de cada familia, de cada individuo.

Registrad los anales de la historia de esa madre vieja que indeblemente conserva los recuerdos de cien generaciones muertas, y veréis que siempre, ó casi siempre, el origen de todas las descabelladas acciones de los hombres han sido ellas. Verdad es que también han contribuido algunas á grandes obras, y si no díganlo Santa Teresa de Jesús, Juana de Arcos, Agustina de Aragón y otras (las menos), cuyos nombres ha inmortalizado esa misma historia. Yo no seré sabio ni mucho menos, pero sí puedo asegurarle á usted que desde muy niño (por mi desgracia) conozco (aunque no bien) las profundidades de ese caos insondable, y por lo general encenegado, que llaman corazón, y en él no he hablado más que flaquezas, perfidia, ambición, miseria, podredumbre; y al hablar así, no creáis que solamente me refiero al de la mujer, no; hablo en tesis general, pero siempre distinguiendo al del hombre, no porque defienda sexo, sino porque éste es de más valor que aquél. ¿Recordáis el rapto de Elena por la que se arrasó la floreciente Troya? ¿Habéis olvidado á Florinda, la destructora del imperio goda? ¿Os acordáis por último, de la bella Imperia y de la infame Margarita de Borgoña? Vamos, ¿qué dice usted á esto señora mía?

Y eso que en aquellos tiempos el corazón de la mujer española era en un todo muy distinto al de hoy. *In illo tempore* la educación de las damas no se enseñaba en lujosos y estériles colegios donde todo es falso y aparente, ni en espléndidos salones, donde sólo se aprenden posturas incitantes y cadencias impúdicas; ni en los públicos paseos, donde como maniqués hacen notoria y coqueta exhibición de su puesto, por hallar al idólatra becerro de oro, representado en un pequeño Rostchild ó en un Wandervich, creándose una atmósfera viciada que las corrompe. Pobres criaturas, predestinadas al bien del hombre, y contribuyentes (por culpa ajena) á la prostitución del mundo; sí, porque ellas no son las culpables, no, sino los seres que le dieron su ser, aquellos que le formaron su corazón.

Mucho siento, en verdad, llegar divagando hasta este odioso cuanto denigrante punto que tan poco favor les hace á nuestras mujeres del día. Mucho lo siento, sí, porque creeréis, mis lectoras, que, despedido quizás, ó por derecho de pataleo, en represalia de pingües calabazas, escribo estas líneas; y en verdad que no váis mal encaminadas.

Abundante cosecha de esta maldita fruta he recogido; cosa de esperar en un hombre que, como yo, pasó toda su juventud, y aun pasará su vida entera dedicado al florecimiento y procreación de la especie. Veintiseis años cuento de edad; entre pretendidas, novias, esposas y queridas, según apuntes míos que por curiosidad conservo, he sumado el número 109, el suficiente para formar un serrallo; y sin embargo, con tanta y tanta hija de Eva, no me he proporcionado más que disgustos, penalidades y atroces desengaños, en pago de haber sembrado mucho bien por todas partes. Muchas veces busqué ansioso el ideal de mis sueños de poeta. Muchas veces incensante, gemí por encontrarlo; pero ¡ay! nunca he podido hallar ni aun el rastro de su paso; por eso me consagré á su búsqueda. Por eso he dicho amores á tantas mujeres, porque, ávido, escrutaba á mi ideal, á ese ideal de ojos de fuego y de mirar suave, de hechicero rostro, de sentimientos sublimes y de alma desinteresada y grande; á ese ideal divino donde todo fuese bueno, donde todo fuese bello. Pero ¡ay! me engañé; el más efímero desencanto, la más amarga realidad, el vil interés, la más desmedida codicia, pero no la codicia de la honra, no la codicia de la Gloria, no la del amor, sino la más menguada de todas, la del dinero.

En muchas ocasiones he oído de labios de señoritas que se llaman distinguidas, y que pecan de beatas, estas mismas ó semejantes frases:

—No llego á sentir ni aun á comprender el amor, esa tontería por la que dicen se han hecho tantas cosas. Jamás me enamoraría como no fuese de un hombre muy rico que me pudiese sostener muchos carruajes, mucho boato. Mi corazón no ama más que al oro. Contigo pan y jamón. Aquello de contigo pan y cebolla, por cursi ya está abolido. Hay que atender sólo á la prosa, al positivismo de la vida real.

Ciertamente os doy, á mi pesar, la razón. Habláis como un libro. Sois la misma filosofía personificada. Veo (por desdicha) que habéis adelantado mucho en malas artes y en el saber del siglo de las luces, pero al mismo tiempo habéis atrasado demasiado en el cumplimiento de vuestros mejores deberes. Veo que habéis ganado infinito en inteligencia, pero que habéis perdido más en corazón, y, sin embargo; yo os admiro y os rindo culto, y continuo siendo vuestro juguete, siguiendo al satírico Quevedo en

«Nunca salgas traidor de entre mujeres, mujer sea el animal que te destruya, pues tanto á todas sin razón las quiere,» porque, para mí (apesar de todo) constituis mi esencia, mi vida misma.

Vivir sin mujeres es monótono y odioso, porque en todo tiempo habrá Quijotes y Dulcineas.

Ya creo estará usted, señora Rosales, convencida, ó, cuando menos, convertida de vuestro yerro; y si aun así no es (lo que pareceme difícil) me verá obligado á demostrarle cómo una y una son dos; esto es, matemáticamente.

LAURENT VELAZCOAIN G.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

Regresó al Ferrol el *Carlos V* de arribada forzosa con averías.

El Gobierno, disgustadísimo, telegrafió á Londres excusando la asistencia de España á la demostración naval.

Ramos Izquierdo ha ordenado activo expediente para exigir enérgica responsabilidad.

El regreso al Ferrol del *Carlos V* obedece al mal estado de las calderas, están ocho inútiles para comenzar la navegación.

Ramos Izquierdo, que recibió la noticia, está afetadísimo.

Dice el telegrama que la Junta de oficiales de á bordo acordó el regreso.

Quiere el ministro que la sumaria termine inmediatamente.

Se ha teleografiado al gobernador de Valencia para que prohiba una procesión de 10,000 niños llevando banderas del Corazón de Jesús, por temor á desórdenes.

La procesión que se proyectaba en Valencia debía realizarse el sábado, yendo los niños de las Escuelas públicas para confesar y comulgar á la Catedral.

Cada niño llevaría una estampa del Corazón de Jesús y banderitas con la inscripción «Siglo veinte: Viva Cristo rey.»

El gobernador y el arzobispo conferenciaron, conviniendo en suprimir el acto.

En la carretera de Belmez fugáronse tres presos á quienes se conducía á Mérida.

En Lorca se solemnizaba un matrimonio. Suscitóse una reyerta entre el novio y su cuñado, recibiendo el primero una puñalada en el costado izquierdo.

La novia tiene fracturada una pierna, y su madre contusiones.

Está preso el agresor.

Ha sido nombrado el ministro español en el Haya embajador extraordinario en la boda de la reina Guillermina.

Se le unirán los diplomáticos Gaitán y Cano.

Se ha firmado el procesamiento de siete diputados provinciales de Madrid.

Sagasta, juzgando á *Electra*, ha dicho: —Galdós, con su inmenso talento, ha llevado la obra al teatro con verdadera oportunidad.

Muro ha declarado que lo ocurrido anoche en el Español recuerda las manifestaciones del 67 y 68, que se producían en el teatro cuando se representaban obras liberales.

Dice que el país responde á la libertad que costó tanta sangre.

El gobernador llamó al empresario del Español exigiéndole que reprima las manifestaciones en el teatro.

La empresa ofreció procurarlo.

Desde las primeras horas de la mañana todo el teatro está vendido.

Proyectan dar una serenata ante la casa de Galdós.

Los estudiantes hicieron manifestación felicitándole.

El Herald ha regalado á la artista Matilde Moreno una hermosa muñeca que representa el papel principal de *Electra*, recuerdo del éxito de anoche.

En Barcelona el éxito de *Electra* ha causado inmensa impresión.

Se ha teleografiado á Galdós felicitándole.

Acordóse celebrar una reunión para rendirle homenaje.

Háblase de una manifestación contra el clericalismo.

El Ateneo le enviará una carta de felicitación.

Juzgando Ugarte á *Electra*, dice que no es antireligiosa la tesis que se desarrolla en brillante forma literaria.

Agrega que el arte dramático debe sentirse orgulloso.

Ha surgido el pensamiento de obsequiar á Galdós con un banquete monstruo de carácter popular y democrático, al aire libre y precio económico.

Galdós ha recibido centenares de telegramas de felicitación de toda España.

La prensa de la noche ocupase con extensión del estreno.

En el Consejo presidido por la Regente, Azcárraga ocupase de la huelga de Gijón, y aplazamiento de la solución por las intransigencias de los patronos y obreros.

El Gobierno confía en que haya concordia por parte de los obreros que insisten en las ocho horas y otras condiciones.

Se han dado instrucciones á las autoridades para que eviten colisiones.

Ocupase de las muestras de afecto de Eduardo de Inglaterra y Guillermo de Alemania y posibilidad de alianza de ambas naciones.

Ensalza la alteza de miras del Papa en la encíclica en que proclama la democracia cristiana independiente de la política.

El gobierno asistirá á los funerales que la embajada inglesa organice.

Indicó los deseos expuestos de que se incluya en el indulto general á los sublevados republicanos de Catadau (Valencia) y los anarquistas de Jerez.

El gobierno muéstrase inclinado á la benevolencia, á pesar de que la índole de los delitos lo dificulta.

Entre los muchachos de los pueblos de Abanto y Somorrostro ha habido pedrea y tiros, resultando cuatro heridos.

En Bargas (Toledo) reprodujose el motín sobre consumos.

Dimitió el ayuntamiento.

Acudió el gobernador y está concentrada la benemérita.

En Alicante circulan numerosos duros falsos que se confunden con los legítimos.

Llámanles alicantinos.

Desistióse del mítin de la Unión Nacional en Barcelona.

DEL EXTRANJERO

Dewet penetró en el Transwaal al frente de numerosos boers, burlando la vigilancia inglesa. Continúan la guerra de guerrillas atrayendo al enemigo á la montaña.

Témese que ataquen alguna ciudad.

En Londres la *Gaceta* publica una proclama real para que se cierren las oficinas públicas, incluso la Bolsa y el Senado, con motivo de los funerales de Victoria I.

En Montecarlo un jugador ruso hizo saltar la banca tres veces.

El doctor Leyds afirma que la salud de Krüger es mediana y en breve habrá de sufrir operación en el ojo derecho, análoga á la del izquierdo.

Afirmase que los boers no pedirán la paz, pero si la propusiera Inglaterra la negociarían.

Los insurrectos de Caracas han sido derrotados con grandes pérdidas.

Los boers atacaron las minas de Waurul y Moderfontein, destruyendo la maquinaria.

El gobierno boer se ha trasladado á posición inexpugnable al Norte de Middelburg.

Dicen de Viena que en la sesión preparatoria de la Cámara de los diputados hubo manifestación contra el presidente.

Este pronunció un discurso caluroso en elogio de Victoria.

Los radicales protestaron dando vivas á los boers y abajo Inglaterra.

Se ha abierto en Milán una suscripción para monumento á Verdi, estando recaudadas 15,000 liras.

Kitchener ha declarado que se volverá á Londres si no le mandan refuerzos.

Los melenudos

Recuerdo que en el Círculo vasco-navarro que allá por el año 80, en que empecé mi carrera, había en Madrid, le decía una tarde Gayan á su paisano Sarasate: «Peró hombre de Dios ¿por qué no te cortas esa pelambre? Bien es que se la dejen crecer los que no tienen arte porque á falta de arte, melena; pero tú...»

A falta de arte, en efecto, melena ó sombra de este ó el otro corte, ó cualquier otra majadería con que llamar la atención de los distraídos transeúntes y *épater le bourgeois*, ó digamos dejar turulato al hortera.

Y con la melena cantar á la Belleza (con letra mayúscula), y citar á cada paso á los santones del *Mercur de France*, y á tales cuales franceses ó que hayan recibido el nombre de la aduana literaria francesa.

No conozco impotencia mayor que la que se oculta bajo eso que llaman modernismo. De originalidad ni chispa; parecen unos á otros los modernistas como un camarón á otro camarón. Ni son más complicados que los camarones. Ya, al aceptar ese ú otro mote cualquiera, prueba más que suficiente de falta de originalidad y de impotencia.

Nada conozco más imitativo que el que da á sí mismo el dictado de modernista. Constituyen la turba suelta de los que por el año eran románticos, naturalistas por el 80 y sentían cualquier cosa mañana. Su característica es petulancia.

Dedicáanse á descubrirnos hoy á Ibsen mañana á D'Annunzio, al otro día á Whitman, después á Carlyle ó á Villiers de l'Isle, Adam, ó á Mallarmé, ó á Swinburne decorándoles con epítetos sonoros; y de cuando en cuando nos descubren también á Firdusi, Homero ó á Virgilio, pero traducidos, por supuesto, y traducidos al francés.

Lo que no nos descubren es así mismos, y saben ellos descubrirse.

Ahora les ha dado á esos excelentes chicos por la Belleza—así, con letra mayúscula—y que no le entona endecha y se arrodiilla ante ella y pasa las horas muertas, que no vivas, incensando, y le endilga letanías, ni siente lo bello cosa que lo valga. Porque sabido es que sentir bello y tener alma de artista y alma moderna es estarse charlateando de Nuestra Señora Belleza y darnos con ella la lata como no poco le sucede al bueno D'Annunzio.

A otros les da por la Vida—también con letra mayúscula—y la Vida por aquí y la Vida por allá; y los demás, los que no tenemos más que nuestras respectivas y humildísimas vidas—con letra minúscula—ni sabemos lo que es vida ni lo sabremos jamás.

Otros cantan á la Voluntad—siempre con letra mayúscula—y se despiertan cada día dispuestos á querer algo con energía, sólo que los pobres se dan de cabezadas y no saben lo que quieren. Es lo que les ocurre á esos volitivos que como querer, allá estan ellos queriendo querer algo y llevar á cabo por encima de todo Dios sólo que ese algo que han de querer no parece. Como no parece la cosa bella que los otros han de sacar de la Belleza.

En resolución todo eso es impotencia y nada más que impotencia. Porque lo que se ve es que los creadores de cosas bellas han perdido poco tiempo en endechar á la Belleza, se han distraído poco en cantar á la Vida los que más mejor han vivido y no se detienen á exaltar la Voluntad los que de veras saben querer. Por sus obras los conoceréis, y lo cierto es que no ve por ninguna parte las obras de los mayusculadores, de nuestros melenudos. Si es que los guardan veladas á los ojos de los profanos en las capillitas en que celebran sus ritos esotéricos decorándose unos á otros con la banda del genio, buen provecho les haga.

Porque estos buenos muchachos se reconocen unos á otros genios, á despecho de despegarse luego, y se extienden sus correspondientes diplomas y matan el tiempo en desdeñar á los demás mortales, que por su parte ni siquiera les desdeñan á ellos.

Mientras juegan al intelectualismo y al esteticismo en sus capillitas de culto esotérico en sus conciliábulos de desdeñamiento á los profanos, todo va bien. Lo malo es cuando, aprovechando cualquier cosa de la calle, quieren hacer sus pinitos y decir «aquí estamos, aquí está la intelectualidad». Entonces habría que cogerles, raparles las melenas, meterles en una prensa y enseñar al público que no dan más que un pedacito de queso; el resto materia leñosa.

MIGUEL DE UNAMUNO.